

Revista Stultifera Navis

Volumen 7 Año 2 (Septiembre 2022)



“¿Qué es la Política? de Hannah Arendt.”

Adolfo Monje



“Sólo la guerra fría, se está tentando de decir, nos ha enseñado lo que significa en realidad el primado de la política exterior. Ya que si ésta, o, mejor, el peligro que siempre acecha a las relaciones internacionales, son los únicos objetos relevantes de la política, entonces se ha vuelto del revés ni más ni menos que lo que decía Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política con otros medios, demodo que la política se convierte ahora en una continuación de la guerra y los medios de la astucia sustituyen transitoriamente a los de la violencia. Y quién podía negar que las condiciones de la carrera armamentística en que vivimos y estamos obligados a vivir, sugiere al menos que lo que dijo Kant respecto a no permitir que no ocurriera nada durante la guerra que hiciera posible más tarde la paz, se ha invertido y vivimos en una paz que no permite que suceda nada que haga imposible la guerra”¹.

Es revelador y curioso observar que tras leer esta obra fragmentaria de Hannah Arendt, testigo como pocos (o, por desgracia, como muchos) de la mayor barbarie de la historia, la Segunda Guerra Mundial, nos damos cuenta que las cosas al principio del siglo XXI (y tras pasar por innumerables guerras a la cual más destructiva y absurda) no han cambiado tanto con respecto al siglo pasado. La ideológica, y a veces cómica, Guerra Fría que alude Arendt varias veces en su texto se ha sustituido por ese conflicto entre dos civilizaciones sustancialmente alejadas como por un abismo, un conflicto que aún a elementos muy peligrosos: el ideológico, religioso, económico, cultural y, como no, político. Desde finales del siglo XX se viene entrando en una dinámica insostenible marcada siempre por un elemento violento y destructivo muy fuerte. ¿Pero en esta dinámica donde el diálogo es ínfimo y casi inexistente tiene entrada la política o nos enfrentamos ante una situación de violencia por la violencia en la cual la guerra se impone de forma absoluta e irreparable? La verdad es que los conflictos bélicos que inundaron el siglo XX tienen mucha similitud con los que actualmente arrasaron el mundo. Ambos vienen dados por una degradación del sentido de la política que ya denuncia en su estudio Arendt. Si el sentido último de la política, como en muchas ocasiones repite, no es otro que la libertad y la paz, esta meta ha quedado erradicado por la multitud de intereses ideológicos, económicos y culturales que ahora, antes y siempre asolan, asolaron y asolarán al mundo. En la historia de la humanidad, y al leer cualquier libro de historia lo comprobaremos, la violencia ha ido agarrada siempre de la mano de la política. Las relaciones humanas no se conciben sino en una relación de destrucción irremisible (y no solo si hablamos de política exterior porque cuántas guerras civiles han sucedido a lo largo de la historia).

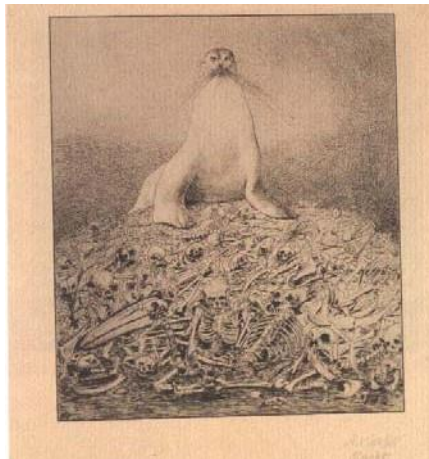
El problema es caer en la hipocresía interesada, como ha caído siempre EEUU. Y es que en ese mundo de relaciones (de todo tipo y sobre todo políticas) que se crea tras una guerra, guerra que a la que casi nunca se llega como un medio último en las relaciones internacionales dañadas sino que se impone desde una primitiva ley del más fuerte para imponer sus condiciones, pueden contradecir y mucho a los

¹ Arendt, H. *¿Qué es la política?* Pág. 138. Paidós. Barcelona. 1997.

intereses que un principio y a corto plazo buscaba el agresor. Este no es más que el caso americano en Afganistán hace unos años (que nos permite empalmar a su vez con la Guerra Fría). ¿No fue EEUU la que ayudó a la implantación del régimen talibán en el país asiático por intereses políticos e ideológicos frente a la ocupación que de este territorio tenía la URSS? Esta hipocresía interesada de la que hablamos tiene como reflejo, ni más ni menos, en la última guerra que EEUU ha llevado a cabo contra Irak. Con el supuesto fin de proporcionar la libertad al pueblo iraquí de la opresión y el totalitarismo llevado a cabo por Sadam Hussein el gobierno yanqui ha ocupado el territorio después de una guerra desproporcionada y desigual con claros intereses económicos. Esta es una paradoja que a menudo se cae en las relaciones internacionales y que Hannah Arendt se hace eco ya en su escrito. *“Aunque el fin [de la guerra] sea la libertad, el sentido encerrado en la acción misma es la coacción violenta. Surge entonces aquellas paradojas que nos son tan familiares a través de la historia de las revoluciones (...) la meta es lo único que puede eliminar o al menos suavizar este conflicto mortal entre sentido y fin inherente tanto a las guerras como a las revoluciones”*. Pero aunque la meta de todo conflicto violento sea la paz y la libertad, a ésta debe llegarse a cualquier precio o de cualquier modo. Es evidente que si quiero eliminar una mosca que me está molestando con su zumbido recurriré a un matamoscas o a un insecticida y no utilizo una escopeta que aunque cumpliera su objetivo tendría consigo consecuencias no deseadas y muy alejadas del objetivo que me marcaba, ya que con ese acto voy a agujerear la pared de la habitación. Con este ejemplo simple e incluso trivial podemos dar respuesta a esa pregunta que plantea Arendt, *“¿qué fin podría justificar los medios que tal vez aniquilarían a la humanidad ya la vida orgánica sobre la tierra?”* Después de leer esta pregunta que plantea Arendt se nos viene a todos a la mente otra cuestión ¿Es necesario para la conclusión de una guerra interminable, como fue la Segunda Guerra Mundial, lanzar sobre Hiroshima y Nagasaki dos bombas atómicas con un poder destructor no visto nunca hasta ese momento? Está claro, al menos esa es la opinión de muchos, no lo es. Aunque es verdad que con ella se dio término al conflicto (y así se llegó al fin buscado: la paz) los medios que se utilizaron fueron objetivamente desproporcionados. Además, con la construcción de la bomba atómica se entró en un juego muy peligroso en las relaciones políticas internacionales. Ante ese olor a continua guerra que desprendía el mundo en las décadas posteriores a la segunda gran guerra, todos querían estar preparados para una posible Tercera Guerra Mundial. De este modo se originó la famosa carrera armamentística denominada como “La guerra de las galaxias”. Con este hecho se demuestra, y así lo quiere dar a entender Arendt, que la política está irremisiblemente separada de sus pretensiones bélicas. EEUU y URSS pusieron en peligro a toda la humanidad por la posibilidad de dar comienzo entre ambos una guerra nuclear con consecuencias imprevisibles. Ninguno de los dos quería dar a entender que armamentísticamente era más débil que el otro, así cuando la URSS construyó su propia bomba atómica, EEUU ya estaba trabajando para la invención de la bomba de hidrógeno (cien veces más destructiva que la anterior). Es normal que con tal carrera haya comenzado lo que Arendt denomina “la guerra total” o de aniquilación.

Es una guerra, dice, unida siempre al totalitarismo. De este modo y desde nuestra capacidad reflexiva debemos preguntarnos, ¿qué de totalitarismo (y creemos que mucho) hay en la condición de potencia suprema del mundo por parte de EEUU actualmente? Es indignante que el país que más dinero dedica a la investigación y construcción de bombas químicas y biológicas le declare la guerra a otro sin la corroboración demostrada de que posee tales armas. ¿Por qué un país puede tener

inmunidad ante unas leyes internacionales de obligado cumplimiento para el resto? Con hechos como éste es evidente que el espacio del *entre* que propugna Arendt entre los diferentes países no pueda darse con satisfacción plena. Todos los países son potencialmente peligrosos si poseen armas de destrucción masiva. Además si hablamos de un país con poder, económico y político, casi absoluto en el mundo se hace totalmente imposible. Las decisiones siempre se van a tomar coactivamente y con gran presión a lo que concierne a la multitud de países con menos posibilidades y medios para la negociación. Esto te obliga a optar por la alianza incondicional con tal país o pactar con otros para intentar poner trabas y las máximas posibles a esa potencia con pretensiones casi imperialista (al menos en lo concerniente al nivel económico de las relaciones internacionales). El problema es que estas trabas se ponen de nuevo a través de la violencia, la sangre y la actuación terrorista. Esto provoca como afirma Arendt que “*lo que en lenguaje político se denomina ruptura de relaciones sacrifica este espacio [de diálogo internacional], y toda acción con medios violentos destruye primero este espacio entre antes de aniquilar a aquellos que viven más allá de él*”⁴. En este sentido, y más que nunca (y se ha demostrado en Irak, ¿cuántos inocentes han muerto en los ataques yanquis?) la noción de poder, tan política y tan analizada en su obra por H. Arendt, va unida a la violencia, la imposición desmedida e unilateral de intereses y la injusticia. Que bien supo pronosticar esto ese dibujante profeta del siglo XX, Alfred Kubin, en su obra “El Poder”.



Alfred Kubin: *El Poder* (1903)

